

es la capital del país, señalando para ella el miércoles de ceniza, que en el año 1387 cayó á 20 de Febrero. Allí exhortó á los lituanos á que conociesen al verdadero Dios, y á que en vez de sus extravagancias impías admitiesen las santas prácticas del cristianismo. Pero estaban preocupados con la creencia que todos ellos habian de morir inmediatamente si abandonaban á sus dioses y las costumbres de sus antepasados. Mandó, pues, Jagellon cortar los árboles de los bosques que tenian por sagrados, y matar en todas las casas las serpientes que se conservaban en ellas como dioses domésticos; apagó á vista de los bárbaros el fuego que suponian perpetuo, é hizo derribar el templo y destruir el altar en que sacrificaban sus víctimas. Consternado el pueblo, pero sin atreverse á resistir al Rey, se lamentaba esperando la mas terrible desgracia. Viendo por fin que no les sucedia ningun mal, y disipando la esperancia sus terrores pánicos, comprendieron que habian sido engañados por sus sacrificadores, y pidieron con grandes instancias unos guías mas seguros. Los sacerdotes polacos los instruyeron en los artículos de la fe; pero el que mas eficazmente trabajó en su conversion fue el mismo Rey, el cual sabia su lengua, y los edificaba con sus instrucciones. Fueron bautizados los mas distinguidos, confiriendo el bautismo á cada uno de ellos en particular; pero como hubiera sido un trabajo inmenso egecutar lo mismo con la innumerable multitud de gentes que se

presentaban á recibir este sacramento, dispuso el Rey que se dividiesen en varias porciones y que se las rociase con agua, dando á cada una de ellas un solo nombre cristiano en lugar de sus nombres bárbaros. Es muy natural que se tomasen las precauciones convenientes para que alcanzase á todos el agua: lo que hubieran debido presumir, no solo de la sabiduria de los ministros sagrados, sino tambien de la necesidad manifiesta de una circunspeccion tan precisa, los censores que vituperan ligeramente los usos mas arbitrarios de la disciplina, y mas acomodados á las circunstancias de los tiempos y de los lugares.

Para manifestar el Rey Ladislao á aquellos nuevos cristianos una benevolencia particular, é inspirarles aversion á sus costumbres bárbaras, les dió vestidos de lana en vez de las pieles de animales y de los remiendos de paño con que se habian cubierto hasta entonces. A fin de consolidar entre ellos la religion, fundó una iglesia catedral en Wilna, en honor de San Estanislao que fue desde entonces el patron comun de los polacos y lituanos, reunidos ya bajo un mismo dominio y sujetos á una mista religion. Su primer obispo fue Andrés Vaszilo, noble polaco, del orden de los frailes menores, y confesor de la Reina Isabel de Hungría. Al mismo tiempo estableció Ladislao siete parroquias, y las dotó como tambien á la catedral con una liberalidad regia. La Reina Heduvigis tomó á su cargo suministrarlas los vasos sagrados, las cru-

ces, las imágenes y todo género de ornamentos. El Rey se detuvo todo aquel año en Lituania para propagar en ella el Evangelio, el cual no acabó de triunfar enteramente de la idolatría en la parte septentrional cubierta de selvas y malezas casi inaccesibles. Publicó una ley que prohibía á los católicos contraer matrimonio con los rusos que seguían el cisma de los griegos, y en fin envió al obispo de Posnania cerca del Papa Urbano para ponerse á su obediencia. Al retirarse de Lituania, dejó en ella por gobernador ó Príncipe á su hermano Skirgellon, en calidad de rendir vasallage á Polonia.

38. En Inglaterra hacia cada dia los mas tristes progresos el espíritu de error y de faccion, con todos los desórdenes que le acompañaban. Se revistió de la máscara y del language de la perfeccion, y se introdujo hasta en las comunidades religiosas. Habiendo conseguido los lolardos ó wiclefistas que les diese oídos Pedro Pareshul del orden de San Agustin, le persuadieron que debía dejar la vida monástica para volver á la vida comun, de la cual le decian que era mas segura y mas perfecta (1). Siguiendo Pareshul la conducta ordinaria de los apóstatas, empezó á declamar contra su orden y á publicar todos los vicios que quiso atribuirle. Acompañado un dia de cerca de cien wiclefistas en la iglesia de San Cristóval de Londres, se puso á decir tantos crímenes de sus hermanos los agustinos, que todos los concurrentes quedaron

(1) *Vulfing. pag. 327. et seq.*

horrorizados. Algunos de ellos fueron á dar aviso á estos religiosos, y pasaron inmediatamente doce de los mas fogosos á la iglesia donde estaba todavía predicando el apóstata. Acercósele uno de ellos y le dismintió en alta voz. Al momento se abalanzaron á él los wiclefistas, le dieron mil golpes, le echaron por tierra, le pisotearon y le dejaron allí casi muerto. A los otros once los obligaron á huir, y fueron persiguiéndolos hasta su propia casa, disponiéndose á pegarla fuego, y gritando con furor: „libremos al mundo de estos infames, de estos asesinos, de estos monstruos detestables:” lo que hubieran egecutado á no haber sido por un vizconde de Londres, el cual logró que se retirasen aquellos furiosos, valiéndose para ello, no de la autoridad, sino de las reflexiones que les hizo.

Como el predicante no habia tenido tiempo para vomitar todas sus infamias, publicó en un libelo lo que ya habia dicho, añadió muchas calumnias nuevas, y fijó este escrito á la puerta de la iglesia catedral ó de San Pablo de Londres. Acusaban en particular á los agustinos de haber quitado la vida á muchos religiosos de su misma orden, y para que se les diese mas crédito, espresaban los nombres de los muertos y de los matadores, y señalaban los parages en que suponían que habian sido muertos y enterrados. Empezaba el libelo por estas palabras: „he salido de la escuela de Satanás; esto es, segun aquel fanático, de la religion que habia profesado: y por la gracia de Dios he llegado á la

vida perfecta." Daba despues gracias al Papa Urbano porque le habia puesto en libertad, aludiendo á la calidad de capellan de este Pontífice, cuyo empleo habia adquirido por dinero, como otras muchas personas de igual virtud. Era esta sin embargo la menor parte de los desórdenes que causaba el espíritu de cisma y de partido.

39. Pareshul estaba sostenido principalmente por los caballeros de la caperuza, llamados así porque nunca se la quitaban ni aun en presencia del Sacramento adorable de nuestros altares. Estos eran los mas adictos á los errores de Wiclef. Uno de ellos, llamado Juan de Montaign, hizo quitar de su capilla ú oratorio todas las santas imágenes. Habiendo comulgado en tiempo de Pascua Lorenzo de San Martin, otro corifeo de la reforma, sacó de la boca la hostia consagrada, y á pesar de las reconvenciones del sacerdote, que le fue siguiendo largo trecho, la llevó en la mano hasta su casa, donde la mezcló con los alimentos comunes, y se puso á comer, diciendo que aquello no valia mas que el pan comun. El capellan de Juan de Montaign se arrepintió de su impiedad en el artículo de la muerte, y pidió un sacerdote para confesarse con él. Pero por mas instancias que hizo, le respondieron siempre: „la confesion que se hace con los hombres es inútil, confesaos con Dios, que sin duda tiene tanta potestad como los clérigos."

40. Juan Wiclef, primera causa de todos estos

horrores, llegó entretanto al término de su triste carrera (1). Dos años antes habia sido acometido de apoplejía el dia de Santo Tomás de Cantorberi, 29 de Diciembre de 1385, estando predicando sus dogmas impíos en su parroquia de Lutervolt. Se le torció la boca repentinamente de un modo espantoso, se apoderó de su cabeza un temblor convulsivo, y perdió el uso de la palabra. Despues de haber padecido dos años, espiró en el último dia del de 1387, en que se celebra la fiesta de San Silvestre: lo que se miró como castigo de Dios, porque en las blasfemias que vomitaba con frecuencia contra los santos, habia injuriado muy particularmente á San Silvestre y á Santo Tomás, al uno como autor, y al otro como defensor de los derechos de la Iglesia que mas desagradaban á aquel precursor de las reformas heréticas.

41. Dejó Wiclef un número muy grande de escritos, así en latin como en inglés; pero á pesar del aplauso con que se recibian en Inglaterra las obras de esta clase, quedaron ineditas la mayor parte de ellas y confundidas entre el polvo de las bibliotecas. Con motivo de la version inglesa que hizo de toda la sagrada Escritura, se esplicaba así Knigton, autor contemporáneo: „por este medio es ahora la Escritura mas familiar á las mugeres que antes á los clérigos; y la perla evangélica hollada por los puercos, es el juguete de la ignorancia y de la impiedad." La principal obra latina de

(1) *Valfing. p. 530. = Cav. app. p. 35.*

Wicief es su diálogo entre tres personas alegóricas, la verdad, la mentira y la prudencia, al cual dió por esta razon el nombre de Triálogo, segun la ignorancia de aquel tiempo, de la que no acertó á preservarse un novador tan orgulloso. Esta obra viene á ser un curso teológico que contiene todo el veneno de su doctrina, y cuya basa es que hay una necesidad absoluta en todas las cosas.

Pretende Wicief (1), que el pecado y todo lo demás sucede por una necesidad inevitable; que Dios no podia impedir la caída del primer hombre, pero que tampoco era posible que el Hijo de Dios dejase de encarnar y de padecer muerte para satisfacer por él; y que Dios podia disponer las cosas de otro modo si hubiera querido, pero que no podia querer de otro modo. „Jesucristo (añade) no puede salvar á los demonios, porque siendo su pecado contra el Espíritu Santo, seria necesario que el Espíritu Santo encarnase, lo cual es imposible.” En una palabra, nada es posible á Dios, segun aquel blasfemo, sino lo que sucede actualmente. „El poder que se le atribuye (continua) para las cosas que no suceden, es una mera ilusion. Cuando dijo Jesucristo que podia pedir á su Padre doce legiones de ángeles, se debe entender que podia si lo hubiese querido, pero que no podia quererlo.” Sin embargo de esto dice Wicief, que Dios no deja de ser libre, como lo es en efecto (añade) para producir su Verbo, aunque le produce necesaria-

(1) *Boss. Var. lib. 11. num. 153.*

mente; y que la libertad de contradiccion para poder hacer ó no hacer una cosa, es una quimera introducida por los doctores.

42. Por este mismo tiempo sostuvo en París Juan de Monteson, aragonés, del orden de predicadores, catorce proposiciones, entre las cuales hay algunas por donde se vé que la doctrina del sectario inglés habia estendido ya su influjo contagioso en los climas vecinos (1). Tales son la sesta y la séptima, que tienen alguna semejanza con el monstruo de la necesidad producido por aquel herejarca. Estaban concebidas en los términos siguientes: „no es contra la fe suponer que es absoluta y simplemente necesario que exista alguna criatura: no repugna que lo que existe necesariamente tenga una causa:” á lo que añade que la sagrada Escritura debe esplicarse por ella misma. No contento con esto el atrevido aragonés, y estraviándose entre las sombras terribles que procuraba disipar, no se detuvo en proferir que puede haber una simple criatura mas capaz de merecer que el alma de Jesucristo.

43. Pero lo que no inquietó menos la religion de los pueblos, sin ser tan escandaloso en sí mismo, fue la temeridad con que despues de haber combatido la dignidad del Verbo humanado, se propuso tambien disminuir la gloria de la Madre, á egemplo de todos los enemigos del Hijo. Enseñó y sostuvo con obstinacion, que era espresamente

(1) *Du Boul. tom. 4. pag. 599. = Vit. Pap. tom. 1. pag. 1373.*
Tom. XVI.

contra la fe negar que todo hombre, escepto Jesucristo, habia contraido el pecado original, y que era lo mismo esceptuar á María que á una multitud de personas. Estas proposiciones odiosas á una nacion tan afecta en todos tiempos á la Madre de Dios, fueron delatadas á la facultad de teología, y calificadas cada una en particular; y despues confirmó la censura toda la universidad á instancias de la facultad misma. Despues fueron juntos todos los doctores á presentar el juicio definitivo de la doctrina y persona de Monteson á Pedro de Orgemont, sucesor de Aimerico de Magnac en la silla de París. La primera diligencia del prelado fue citar al acusado, y como este no comparecia, se le condenó y escomulgó como contumáz. Sin embargo, se le concedió todavía un nuevo término, durante el cual se examinaron escrupulosamente sus proposiciones por los doctores mas hábiles en la teología y en el derecho canónico. En fin, pronunció el obispo la sentencia, por la que prohibió, pena de escomunión *ipso facto incurrenda*, enseñar, predicar y defender en público ó privadamente las proposiciones condenadas, encargando, bajo la misma pena, á cualquiera que oyese publicarlas ó defenderlas, que manifestase el autor al obispo ó á su provisor ó vicario. Por lo tocante á la persona de Monteson, se mandó que se hiciesen rigurosas pesquisas, y que se implorase el auxilio del brazo secular para prenderle y tenerle custodiado en la cárcel. Apeló de la sentencia del obispo de París y de

la censura de la universidad al Papa Clemente VII, fundándose en la doctrina de Santo Tomás, á la que segun decia él, era contrario aquel juicio, como á la suprema dignidad de la santa Sede, de la cual decia que era el único tribunal á donde debian referirse las causas mayores concernientes á la fe. Con el pretesto plausible aunque imaginario de la injuria hecha al Angel de las escuelas, la causa del novador dominicano se miró como un asunto en que se interesaba toda su órden (1). Habiéndose celebrado en Rodas á 17 de Mayo de 1388 el capítulo general de los padres predicadores adictos á la obediencia de Clemente, apelaron de comun acuerdo á este Papa de la sentencia dada contra Fray Juan de Monteson, y dieron á este fanático diez doctores para que le sirviesen de defensores y consejeros. Viendo la universidad el interés que tomaban los dominicanos en la causa de su hermano, y considerando los empleos que obtenian en la corte pontificia, y el favor que gozaban con la mayor parte de los Príncipes, por estar encargados de dirigir sus conciencias, procuró que entre los diputados que iba á enviar á Aviñon, hubiese algunos capaces de resistir al partido mas poderoso. De este número fueron Pedro de Ailli y Gil de Campos, los cuales obtuvieron sucesivamente el gran maestrazgo de Navarra, siendo despues cardenales á un mismo tiempo.

44. Pedro de Ailli mostró con la sublimidad de

(1) *Ech. t. 1. p. 693. = Argent. p. 65.*